Un día el idioma original, siguiendo el curso natural de todas las cosas en que entra la acción del hombre continuada por espacios largos de tiempo y por muchas generaciones; obedeció a las influencias apremiantes de los diversos modos tradicionales de hablar en los lugares donde se había introducido, a la separación política más tarde, o al aislamiento material de los diversos conglomerados; siguió igualmente el adelanto o regresión de la cultura, juntamente con las condiciones de la naturaleza que hirieron la fantasía, y se dividió en incontables dialectos, recogidos hoy en ocho ramas lingüísticas, y de los que se conocen no menos de ochenta, entre idiomas principales y variedades. Coincide el hecho, y es bueno insistir sobre la observación, con la desaparición del vasto imperio y aun de la independencia de la raza que le sirvió de núcleo.

La desaparición del indoeuropeo coincide con la servidumbre de los arios

Desde entonces los mencionados dialectos siguieron marcha de tal modo independiente, que fueron la fuente de extrañas y falsas conjeturas. El común origen se perdió de vista. En períodos de incipiente investigación llegó a atribuírse al sánscrito la paternidad del griego y el latín. Afortunadamente los trabajos del sabio español ya mencionado, han venido a resolver de modo satisfactorio el problema, y hasta han servido de base para reconstruír en parte la lengua primitiva indoeuropea.

Delirios lingüísticos

III

LA LENGUA Y LA IDIOSINCRASIA SOCIAL

Dice el barón de Humboldt que las lenguas se diferencian en el mismo grado y modo en que se diferencian los que las hablan; reflejan la manera como un cuerpo particular de hombres mira el mundo que le rodea. En otras palabras, digo yo, las lenguas son la interpretación del mundo según el color del cristal con que se mira, la concepción y expresión de sentimientos e ideas con sujeción a una idiosincrasia particular. Las impresiones que en los primeros años depositan en nuestra imaginación los accidentes de la naturaleza física que nos rodea, los sentimientos y las ideales tendencias grabadas en nuestro espíritu por la obra de nuestra madre, de nuestra religión y del medio social que al nacer nos recibió, son nuestra tierra, nuestro cielo, nuestro tesoro, en una palabra, que viven con nosotros, y viajan con nosotros, y constituyen en parte principalísima el fondo del cuadro donde internamente figuramos el mundo externo, y donde registramos nuestros anhelos, nuestras ilusiones y nuestras esperanzas.

Concepto de lengua

Quien esté versado en el estudio de los idiomas habrá observado los diferentes patrones en que cada uno modela sus pensamientos. No me refiero solamente a las fórmulas gramaticales que emplean para su más externa manifestación, sino a lo que en estética, desde un punto de vista metafísico, podemos llamar la *forma* del

Diferentes patrones ideológicos de las lenguas

© Biblioteca Nacional de España

pensamiento, esto es, al revestimiento, o indumentaria especial con que hacemos sensibles, las abstracciones de la mente, o con que coloreamos, damos calor y comunicamos vida a nuestras impresiones.

El griego y el latín, lenguas hermanas, vienen a ilustrar completamente la doctrina contenida en los dos párrafos anteriores.

El griego y la naturaleza física de Grecia

Taine, en su *Philosophie de l'Art en Grèce*, nos ha dejado exactos y hermosos análisis de la Grecia en la naturaleza de su suelo, en el mar que la circuye, siempre a la vista de sus habitantes, en la moderación de altura de sus montañas, en la diáfana belleza de su naturaleza, y en su politeísmo antropomorfita, de donde deduce la finura, viveza, amabilidad, proporción, y demás dotes estéticas que hicieron a su lengua eminentemente aplicable al cultivo de las ciencias y de la más hermosa literatura.

El latín y la misión histórica de Roma

El atributo capital de Roma, dominadora y legisladora del mundo, quedó indeleblemente impreso en la maravillosa aptitud de su lengua para la expresión de las concepciones jurídicas.

Semántica

Bien se comprende cómo los procedimientos ideológicos que se acaban de estudiar se relacionan con la semántica o ciencia de las significaciones. Hablar es emplear palabras que tienen una significación única, la cual se particulariza, se generaliza, o bien se traslada a objetos distintos de los que antes nombraba. Esto último, que se basa en la asociación de ideas, ya por la coexistencia, ya por la sucesión, ora por la semejanza, es lo que revela la inspiración nacional y la casta idiomática, y lo que, originario del pueblo, adquiere fijeza en las obras inmortales de los poetas y hombres de genio. Ello es, pues, lo que debe satisfacer a los hijos buenos que de su estirpe no reniegan, con exclusión de cualesquiera otras maneras que no encajan en el espíritu autóctono: en este sentido lo importado de fuera entra a manera de extranjero conquistador, pues aunque permanecieren las palabras, quedará desvirtuada la lengua, como que así se la hiere en el alma.

Crítica del simbolismo

Hay en efecto procedimientos que chocan con nuestro modo de concebir. Explicando Albert Mockel la estética de Stéphane Mallarmé, nos da la clave del fracaso de la escuela simbolista en Francia. Esta nación, amiga por excelencia de la plasticidad de la forma, parece más apta para el parnasianismo que para el simbolismo. El simbolismo presupone una semipanteística atmósfera de vaguedad e indeterminación que está lejos de hallarse en la nación francesa. Mockel explica la ingénita oscuridad de Mallarmé por efecto de las *ideas armónicas*, semejantes a los sonidos armónicos de una campana, que ahogan el sonido fundamental. Su construcción gramatical, dice, se hace más en vista de las ideas que de las palabras. Colocado en el centro de las ideas y de las imágenes, con una sola mi-

Ideas armónicas

© Biblioteca Nacional de España

rada contempla el poeta las ideas armónicas hasta en sus detalles, y cuando habla no es para exponerlas discursivamente, sino para despertarlas más bien en los demás, como quien revela una emoción ya sospechada. Mallarmé, agrega su devoto crítico, busca el arte *absoluto*. ¡Y aun en esta palabra se adivina un sueño extraño de panteísmo! Más bien nos parece asistir a una elaboración artística oriental que a un consciente proceso poético de un vate occidental: al principio chino de la oscuridad en poesía, y como consecuencia, de la melancolía, que nace de la oscuridad material y de la ceguedad espiritual. Todo ello es, pues, extraño al suelo de Francia, como lo son a la psicología de su pueblo los principios fundamentales del procedimiento artístico descrito.

La oscuridad, canon de la poesía china

Y ya que de la China se trata, no dejaré pasar una observación, aunque a ella tenga que volver luego para recoger las enseñanzas que la lengua de este pueblo extraordinario nos suministra en relación con su independencia. Esa nación emintemente tradicionalista, con su lengua monosilábica de raíces incontaminadas, y sus caracteres únicos al través de la no escasa variedad de dialectos, da ejemplo de apego a sus tradiciones semánticas y lingüísticas cuando rehusa adaptarse a las lenguas extranjeras para dar nombre a las invenciones modernas que alcanzan a su suelo. Como lo observa Herbert Allen Giles, profesor de Chino en la Universidad de Cambridge, para nombrar el ascensor no han querido salir de su modo habitual, y dicen en tres raíces monosílabas *máquina-ascenso-descenso*; el parlamento es para ellos *asamblea-discusión*; y lo absoluto significa *excluir–opuesto*. Y en esto pueden tener los chinos una barrera infranqueable al espíritu de disolución interna y al demonio de la servidumbre exterior. Al igual de todos pueblos de la tierra, ellos han adquirido en el curso continuado de los siglos su manera especial de contemplar el mundo: esa manera se refleja necesariamente en la lengua, y la asociación de los dos fenómenos psicológicos modela su íntimo sér, y le hace instintivamente desdeñoso de lo que no se le asemeja, y por tanto, pone poder en la fuerza de su voluntad y arma de medios sus manos para repeler a los detentadores de su independencia.

Tradiciones lingüísticas de la China

La lengua china es impenetrable a los barbarismos

IV

LENGUA E INDEPENDENCIA

Ha dicho Cuervo que la lengua viene siendo el más perfecto símbolo de la patria; cuyo concepto quisieran ver desterrado del mundo sectas demasiado materialistas unas, en extremo idealistas otras, corrigiendo así la plana a la naturaleza; pero ésta sostiene sus fueros, y es cada vez más fiero el corazón humano en su defensa, y es más ardiente en el servicio de la pàtria y su independencia. Ahora bien, la libertad por que bregan

Patria y libertad

© Biblioteca Nacional de España

y han bregado sin descanso los hombres, no ha sido nunca, sino en muy contados casos de la historia, bien excusables y justificables, independencia en sólo un orden de ideas, sino en el conjuto de todos los bienes materiales y espirituales que el pueblo posee.

Por aquí no más podríamos deducir a priori la importancia que para la independencia nacional tiene el estudio y la defensa de la lengua materna, que retrata todos esos bienes materiales y espirituales; pero ni es necesario, ni ha entrado en mi plan probar mi tesis con argumentos a priori. Más de acuerdo con los métodos gramaticales serán los argumentos sacados de la historia.

La lengua de los chinos es uno de los principios intrínsecos de su independencia

Doscientos sesenta y siete años habían pasado desde que la traición del General San Kuei abrió las puertas de la gran muralla de la China a Tien Tsung, el usurpador tártaro, y desde entonces la dinastía mandchú había gobernado el vasto imperio sin interrupción y con poder omnímodo. Comprendieron desde el principio los emperadores extranjeros que su conquista no echaría raíces verdaderamente profundas e inconmovibles mientras no lograsen extirpar aquel monumento, para el filólogo admirable e interesantísimo, de la lengua china: acabar con la «síntesis de la patria». En su sabio empeño llegó el Emperador San Chi a ejecutar al ilustre literato Kin Shen'tan junto con diez y seis discípulos, solamente a causa del afán solícito con que estudiaban su idioma y literatura.

El literato Kin Shen'tan y sus diez y seis discípulos

Pero la China había perdido su independencia tan sólo en lo material: independientes eran los hijos del Celeste Imperio, a pesar de la triunfante usurpación, en su elemento más fuerte y eficaz: la tradición lingüística no se extinguió jamás, continuó tan vigorosa que obligó a sus tiranos a olvidar su lengua propia para adoptar la de sus siervos; caso que es bien significativo y elocuente en sí mismo y por sus consecuencias, de que somos testigos la mayoría de los que vivimos, como que éstas culminaron en acontecimientos que datan de cuatro años apenas. El espíritu de independencia, que vivía vida palpitante en su habla, ahogó, literalmente, a la monarquía extranjera, cuyos miembros se alimentan hoy sólo de recuerdos.

Final independencia de la China

Legislación rusa y alemana sobre la lengua de Polonia

También la administración de la sojuzgada Polonia es ejemplo que los hombres de estado suministran a mi favor. Bien conocida es la manera de reprimir los rusos y los alemanes a sus súbditos polacos. Se les prohibe cantar sus cantos populares, usar sus trajes nacionales «aun como disfraces carnavalescos o en representación de dramas históricos», y, bajo severas penas, el empleo de su lengua propia se les imputaba hasta hace poco como un delito: el niño polaco que se negase a contestar el catecismo en alemán era castigado; el polaco no debía escribirse ni en el sóbre de las cartas; no podía un empleado de ferrocarril contestar a quien en polaco le hubiese hecho una pregunta; la ley excluía de las juntas públicas el uso del mismo idioma. Es que en el cultivo y conser-

© Biblioteca Nacional de España

vación de esa lengua ven Rusia y Alemania el resurgimiento de Polonia a la vida independiente, y entienden que mientras dure el fuego sagrado de esa devoción a ella, en la infortunada tierra de Copérnico, de Sobieski y Kosciuszko, de Chopin y Sienkiewicz, no lograrán el ideal del señor, que es la subyugación completa: el señorío material y la dominación espiritual.

V

OPONGÁMONOS A LA PÉRDIDA DE NUESTRO SEÑORÍO.

La conquista española de América

Ese ideal de señorío material y dominación espiritual logró realizarlo la patria de Cervantes, cuando sus expediciones de caballeros andantes cruzaron los mares con la espada en la diestra y la Cruz de España en la otra mano. Su lengua halló tierra propicia; de ella se enseñoreó y vació en ella la síntesis de la patria castellana, prolongándola así al través del invisible puente del espíritu. La tierra tan perfectamente conquistada se independizó después por ley ineludible, y clamó en el momento supremo de la lucha titánica, en que «el valor español se estrelló contra sí mismo», por la reforma de todo lo peninsular en el orden político-social; todo, menos lo más importante: la religión y la lengua. No hay un solo acento patriota que traduzca el deseo de la abolición del idioma. No puede darse, pues, más concluyente y bien escrito testamento del pensamiento de nuestros próceres, que debemos cumplir con empeño si no renegamos de su obra.

Reconciliación

Cuando después de los rencores mutuos volvimos a la amistad franca y sincera con la madre patria, instintivamente aparecieron un enjambre de literatos que, enriqueciendo la literatura hispana con sus producciones de primer orden, nos dieron el ejemplo que solícitos y agradecidos debemos seguir a todo trance.

De tres maneras principales podemos dar cumplimiento a estos ideales: 1º Cultivando con devoción y divulgando con entusiasmo los estudios gramaticales; 2º Aplicándonos a la amena literatura; y 3º Observando en nuestras relaciones diarias, orales o escritas, la pureza de la lengua.

Cultivo de los estudios gramaticales. Palabras de Amicis.

Con relación al primer punto, es oportuno transcribir aquí las palabras de Amicis: «Estoy convencido de que es impropio el afirmar que haya verdadera cultura en una nación donde los estudios filológicos no se hayan desarrollado. Pero no entiendo que este desarrollo deba consistir en el prurito de leer mal y traducir peor algunas lenguas extranjeras, sino que se ha de fundar en estudios serios lingüísticos, ora de la filosofía de la lengua, ora de simple conocimiento de la misma, pero profunda y claramente poseída, literaria y gramaticalmente estudiada. En vez de fatigarse tanto y tantas horas para grabar en el cerebro miles de raíces, cen-

© Biblioteca Nacional de España

tenares de frases exóticas, cuánto mejor fuera que los jóvenes se consagrasen al estudio constante y cariñoso de su propia lengua».

Efecto de los estudios gramaticales

El efecto directo de los estudios gramaticales es fijar en la mente una clara concepción de la índole del lenguaje, o mejor, dar la intuición segura de la sintaxis, que es su rasgo más característico; adestrar el oído a la casticidad de las palabras y los giros, de suerte que estemos en capacidad de rechazar, aun instintivamente, aquellos que no se acomoden a nuestros procedimientos analógicos propios; obtener el sentimiento, digámoslo así, de la correcta expresión tropológica y figurada, cosa en que tienen influencia decisiva todas aquellas condiciones naturales mencionadas que influyen en las particularidades semasiológicas. que junto con las de sintaxis, dan a la nación o raza correspondiente sus caracteres peculiares.

Ejemplo de los escritores clásicos

De todo esto tenemos ejemplo en los escritores de los siglos de oro, quienes no dejaban introducir en el campo de la lengua las voces extranjeras necesarias, tales como nombres propios, si antes no les habían dado forma que casase mejor con las inflexiones y sonidos tradicionales, con lo que demostraban la independencia absoluta de su raza y la conciencia de su valer. Hoy no suceden así las cosas, y contra ello debemos empeñar lucha encarnizada si no queremos ver desaparecer nuestra personalidad intelectual así como nuestro sér político: nuestro vocabulario anda adulterado en gran manera con mezcla de palabras exóticas, no sólo de forma grotesca para nuestros oídos castellanos, sino, lo que es aún peor, innecesarias; y nuestra sintaxis acusa también una contaminación perjudicial.

Desventajas de nuestro estado comercial e industrial

Tanto más alarmante es lo anteriormente dicho, cuanto la servidumbre comercial e industrial nos impone pesadas cargas, si por un lado contra nuestra prosperidad económica, también en cuanto a la pronta nominación de objetos y la expresión de relaciones nuevas, donde la falta de conocimiento concienzudo de nuestro medio de expresión nos hace adulterarlo más y más, y llevarlo a muy avanzado estado de degeneración.

La amena literatura

El cultivo de la amena literatura como medio de conservar la pureza de la lengua; y con ella un baluarte de nuestra independencia, requiere que la literatura sea nacional, ya se entienda esta palabra en el sentido restringido de la nación política, ya en el más amplio de regiones separadas políticamente, donde un mismo idioma impera con su séquito natural de idénticos usos y costumbres. No hay para qué insistir sobre este punto, pues no es sino una aplicación de principios estudiados anteriormente, sobre la íntima unión de la naturaleza y

© Biblioteca Nacional de España

la lengua por la manera especial de impresionar aquélla nuestras facultades interiores.

La lengua en nuestras relaciones diarias

Practicados estos dos medios, el tercero que he indicado vendrá fácilmente, casi como consecuencia, pues no puede ser el lenguaje en las relaciones de la vida diaria, sino fiel espejo en que se reflejen la generalización de los estudios gramaticales y los dechados de la literatura.

© Biblioteca Nacional de España

¿LA CONSERVACION DEL IDIOMA PUEDE INFLUIR EN EL SOSTENIMIENTO DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL?

POR

OCTAVIO MENDEZ PEREIRA

SEGUNDO PREMIO.

«Un grupo de hombres que vive en una región determinada de la superficie de la tierra, adaptándose a las peculiaridades de su naturaleza y habituándose a la práctica de costumbres determinadas, adquiere modos de vivir y de pensar homogéneos, cuyo resultado es el sentimiento colectivo de solidaridad material y moral, que caracteriza sociológicamente a una nación. Fórmase por el ejercicio de las funciones orgánicas y mentales de la sociedad, representadas por el trabajo y la cultura. Estas dos fuentes confluyen a formar el carácter de una nación. La solidaridad crece, en ella, en la justa medida en que el trabajo social se organiza; la conciencia moral se acentúa proporcionalmente al desarrollo de la cultura colectiva. Esta consonancia de intereses, de sentimientos y de ideales, en un grupo de hombres que trabaja y piensa en un medio físico particular, es el fundamento *natural* de la nacionalidad, bien distinto, por cierto, de los fundamentos que presiden a la división de la especie humana en los estados políticos. La sociología y la política hablan idiomas diferentes; hay estados políticos sin unidad nacional de sus componentes, como Austria, y hay naciones homogéneas que no constituyen estados políticos, como Cataluña».

ESTAS palabras autorizadas del gran sociólogo argentino José Ingenieros, llevan a la conclusión ineludible de que no siempre unidad nacional, independencia nacional, equivalen a unidad política, independencia política —sentido este último puramente convencional— sino a *unidad espiritual* y *social*, *unidad de raza*. Dando un paso más puede afirmarse, así mismo, que el territorio de un estado político no es siempre la nación, la cual está constituída realmente por aquellos habitantes que presentan homogeneidad social y cultural, unidad de civilización y de costumbres.

En este concepto son compatriotas todos los que tienen un fondo común de ideal, una misma orientación espiritual, y, casi siempre, todos los que hablan una misma lengua. Ya Rufino José Cuervo lo había dicho: «Si los primeros afectos se despertaron a la voz maternal, la razón también, hermana gemela de la lengua nativa y compañera suya casi inseparable, vindica como propio cuanto le llega bajo los signos conocidos de su infancia; de suerte que por un sentimiento instintivo somos en cierto mo-

© Biblioteca Nacional de España

do compatricios de cuantos hablan nuestra misma lengua, y la literatura vaciada en ella es el alimento en que más de grado se apacienta nuestro espíritu. Por eso, mejor que dentro de ficticios linderos, se agrupan las inteligencias en torno de nombres como los de Cervantes, de Shakespeare y de Goethe; y por eso, cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender a la uniformidad de éste es avigorar sus simpatías y relaciones, hacerlos uno solo».

El espíritu de España, por ejemplo, en lo que ésta tiene de más esencial, que es el alma y el lenguaje, no se contiene en los estrechos límites geográficos de la Península, sino que se extiende y dilata maravillosamente. España ha formado de este lado del Océano veinte nacionalidades, si bien distintas en lo accidental, unas en lo fundamental, como que tienen todas una raíz común en la historia y en las instituciones y, además, un mismo verbo y una misma raza, entendida ésta en su concepto más justo y amplio. «Nadie puede poner en duda —observa Ugarte— que la frontera de Méjico es un límite entre dos civilizaciones: al Norte resplandece el espíritu anglosajón, al Sur persiste la concepción latina. Son dos entidades antagónicas que sintetizan un divorcio de intereses y de atavismos en un dilema histórico y geográfico que nadie puede conciliar.»

En este sentido, y no en el sentido político, vamos a tomar nosotros la idea de nacionalidad y de independencia, al tratar de demostrar que la conservación del idioma puede influír en el sostenimiento de la idependencia nacional.

———

Según lo afirma Ingenieros más arriba y se desprende fácilmente de la observación de la sociedad, las naciones, como los individuos, tienen temperamento y carácter propios que imprimen una idiosincrasia, un sello personal y exclusivo, a todas las manifestaciones de su actividad. No existen talvez dos naciones que sientan, piensen y obren de una manera exactamente igual. Aun aquellas instituciones que, como la religión, la patria y la familia, constituyen las bases fundamentales de la civilización común, son concebidas de una manera particular y propia por cada pueblo, no obstante las tendencias cosmopolitas y niveladoras de la cultura contemporánea.

Consecuencia de esta diversidad de complexión intelectual y moral es que los productos de una civilización no pueden ser asimilados por otra, sin amoldarse antes al carácter y al grado de desarrollo de esta última. Y puesto que cada pueblo posee una individualidad propia distinta de la de los demás, debe arbitrar también medios propios para satisfacer sus necesidades y aspiraciones e impedir que se pierda o anule su índole especial, su tradición, todo aquello que lo caracterice y distinga.

El idioma es sobre todo el crisol en que se funde el espíritu de un pueblo, pues si el pensamiento y la idea preceden a la expresión y la informan, en la expresión, a su vez, ha de estar contenido el espíritu que la informó, y con la expresión se ha de exterio-

© Biblioteca Nacional de España

rizar y desenvolver el mismo espíritu. «El pensamiento depende del lenguaje, puesto que con palabras se piensa», dice Unamuno.

Valera, el clásico Valera, ha identificado en uno de sus discursos el espíritu nacional y el habla nacional «porque el habla es una misma con el espíritu; es su emanación, es su verbo». «Tan cierto es —observa— que el habla es sello de nacionalidad, que para explicar el olvido del común origen, hay que apelar a la confusión de las lenguas. Hablando los hombres idiomas diferentes, pudieron dispersarse, y, dispersos, olvidar que eran hermanos. Así como el olvido del habla hace olvidar la fraternidad, así la comunión del habla la conserva y hasta la crea. El pueblo griego conserva su idioma, aunque adulterado, y este idioma le sirve de signo y es despertador de su nacionalidad, después de siglos de cautiverio; en Italia se crea una sola lengua, y esta lengua, a pesar de la diversidad y multitud de los estados, es signo y argumento en Italia de la unidad de la nación: una lengua algo diversa de la que hablamos y un gran monumento escrito en esa lengua, *Os Lusiadas*, son el mayor obstáculo a la fusión de todas las partes de esta Península. Camoens se levanta entre Portugal y España cual firme muro, más difícil de derribar que todas las plazas fuertes y los castillos todos.»

Si la nacionalidad se puede identificar así con el habla nacional, si el lenguaje contribuye de tal modo a fusionar las ideas y los sentimientos de un pueblo, no es aventurado afirmar que *la conservación del idioma puede influír, e influye, en el sostenimiento de la independencia nacional*, entendida ésta en su sentido natural y sociológico y, en cierto modo, aun en su sentido político. Porque es indudable que la independencia de un pueblo no consiste sólo en el hecho de no estar sujeto a otro política, comercial o industrialmente, sino también, y más esencialmente, en tener una cultura homogénea e ideales colectivos propios y fecundos, capaces de impedir que se sobrepongan civilizaciones extrañas a las ideas y sentimientos característicos y a las tradiciones genuinas de la raza. Y «la lengua —como dice Emile Faguet— es la tradición, es el traje; más que el traje, el molde; más que el molde, el cuerpo de la tradición: le da su ternura, su gracia, su elocuencia; le inspira sus modalidades, su ademanes todos, sus arranques, el conjunto de sus expresiones todas, que así van al alma como de ella vienen, acabando por modelar, a su vez, el alma que los inspira.»

Las fuerzas morales son mucho más poderosas y eficaces que las materiales para las transformaciones de gran trascendencia. Así lo han comprendido los pueblos más civilizados, que ya comienzan a volver las miradas hacia las tradiciones creadoras de la raza y hacia la conservación del espíritu y la lengua nacionales. Por esta última se inocula el patriotismo, se efectúa la unidad de la nación y, por consiguiente, se acrecienta la fuerza colectiva y se afianza la soberanía. En efecto, cada idioma lleva en su seno caudales de ideas que modelan la mentalidad del hombre y «le crean impedimentos cerebrales para cambiar a cierta altura de la vida las modalidades adquiridas.» Como lo ha reconocido un gran sociólogo, la verdadera solidaridad, la menos dis-

© Biblioteca Nacional de España

cutible en todo caso, entre los muertos y los vivos de una nación, es propiamente la lengua que la crea, que la sostiene, que la prolonga y que la eterniza. Talvez la conservación de muchos pueblos podría explicarse por la unidad y conservación de su lengua. Y es un hecho bien observado que la prosperidad de un país coincide con la época del mayor esplendor de su idioma, con la época en que los hombres se preocupan celosamente de su cultivo y embellecimiento.

En los Estados Unidos y en Argentina se obliga a los hijos de los inmigrantes a estudiar la lengua del país y en los colegios de habla extraña es preciso aprender al mismo tiempo la de la nación hospitalaria, así como su geografía, su historia y su cívica. Dirijamos también nosotros todos nuestros esfuerzos hacia la conservación de ese precioso tesoro que se llama la Lengua Castellana, que así contribuiremos en mucho al sostenimiento de nuestra independencia y nuestra solidaridad nacional. Los merecimientos que adquiramos con el idioma los adquiriremos con la Patria misma. El día en que por cualesquier circunstancias dejásemos de hablar el castellano, ese mismo día perderíamos el último fondo apreciable de panameños, de hispano-americanos. Ya lo dijimos en cierta ocasión: Las circunstancias especiales en que se encuentra nuestro pueblo, su cosmopolitismo, el contacto inmediato con una nación fuerte y vigorosa, obligan aun más nuestras atenciones y nuestros esfuerzos. Acojamos cariñosos a todos los hombres, pero sin permitir que adulteren nuestras más caras tradiciones; aprendamos —es necesario— la lengua de ese pueblo grande por sus instituciones, por su historia y por el noble esfuerzo de sus hijos, pero no la mezclemos con la nuestra ni permitamos que se le sobreponga nunca. Así sabremos ser fuertes en nuestra misma debilidad, ser más respetados, y conservar el sello más precioso de una raza que nos legó hermosas virtudes y rasgos caballerescos superiores.

A todos nos obliga la unidad y conservación de la lengua, como nos obliga la soberanía e integridad de nuestro territorio. Si a la patria le importa un asiento material, la tierra de los que nacen y los que mueren, le debe importar más el idioma, la encarnación de su espíritu mismo, el estuche de sus ideales, sus tradiciones y su historia. Las renunciaciones cobardes, la incapacidad para sostener la propia individualidad, el descuido de los ideales nacionales, favorecen, sin duda, la intromisión disolvente de individualidades más conscientes y vigorosas. Amenazados constantemente por fuerzas superiores avasalladoras, sólo podemos aspirar aquí, como en otros pueblos hispano-americanos, a sostenernos por el derecdo, por el orden y por la dignidad. Con flaquezas y humillaciones no podremos alcanzar nunca la verdadera autonomía ni asegurar nuestra independencia. Si es un axioma psicológico que los pueblos de cultura superior absorben aquéllos más atrasados con los cuales están en contacto íntimo ¿por qué hemos de renunciar servilmente nosotros al supremo derecho de precavernos? Quien no cree vencer ya está vencido. Apoyándonos en nuestra dignidad moral, haciendo surgir por un esfuerzo consciente las preciosas capacidades latentes de nuestra

© Biblioteca Nacional de España

raza y despertando simpatías fecundas hacia España, podríamos oponer en tiempo una resistencia prometedora e invencible.

A la tarea, pues, y tengamos presente que «una debilidad reconocida es un comienzo de fortaleza». Ya sería una perspectiva halagadora de triunfo el que supiésemos encarar el problema, sin temor y sin vacilaciones, en la prensa, en la tribuna, en la política, en el gobierno y, sobre todo, en la escuela, nido en donde se incuban los más grandes anhelos y las más nobles actividades.

En países jóvenes como los nuestros, la educación, en efecto, debe girar al rededor de grandes focos morales que sinteticen el espíritu de la raza y preparen el nacimiento de la conciencia nacional. Una enseñanza que sólo tuviera el fin subordinado de difundir el alfabeto y descuidase el sugerimiento constante de ideales individuales y colectivos, sería una enseñanza sin cohesión, sin alma, sin vida.

Y los ideales nacionales —permítasenos esta afirmación rotunda— sólo se pueden sugerir en la lengua nativa, que los encierra en su corazón como un incienso maravilloso de fuerza creadora. La fortificación y cultivo de estos ideales nacionales es, por otra parte, el secreto de toda soberanía y el nervio y sostén de la independencia nacional.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LA INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

POR

JOSE DE LA CRUZ HERRERA,

DOCTOR EN FILOSOFIA Y LETRAS.

PRIMER PREMIO.

I

LA Caballería no fue otra cosa, según León Gautier, que la milicia cristiana. Religión es caballería, dijo don Quijote de la Mancha. Un caballero andante era un soldado de Cristo. Este título no es un hermoso nombre metafórico para producir sonora frase, sino que traduce con exactitud la posición del andante caballero. La iniciación en la orden era, si se permite desviar la palabra de su sentido cristiano, un verdadero sacramento. Cuando, llegada la institución a su apogeo a mediados del siglo XII, el esplendor de la orden complicó el ceremonial primitivo, entre los actos simbólicos que precedían y acompañaban a la investidura cuando no tenía lugar en el campo de batalla, encontramos que el candidato a caballero se bañaba en señal de purificación; se ponía después una túnica blanca, símbolo de pureza; vestía un manto rojo para mostrar que estaba listo a verter su sangre por su rey, su patria, la religión, las mujeres, y todos los débiles y oprimidos de la tierra; se cortaba el cabello para significar que era esclavo de las obligaciones a que se sometía; se ponía una casaca negra para figurar la muerte, que al fin había de domarle bajo su golpe inevitable. Y el ayuno era de rigor, y la confesión y la comunión, con el sermón en que desde la cátedra del Espíritu Santo le recordaba un sacerdote su misión y sus deberes.

Terminada la parte religiosa del *sacramento*, seguía la militar, no menos imponente y suntuosa, y que no se limitaba a intervención masculina, pues de ordinario manos femeninas acaban de saturar con un hálito de poesía los solemnes votos, ya impregnados del perfume delicado de la fe en Dios, la esperanza en la conquista de un ideal, y la firme voluntad de establecer, hasta donde alcanzase el esfuerzo de su brazo, el reinado de Dios sobre la tierra, el trono de la justicia inmaculada.

© Biblioteca Nacional de España

Dos citas de Cervantes, y las hago con tanto más placer cuanto estos Juegos Florales se celebran en su honor, dos citas de Cervantes vienen a establecer la intención profundamente social de la Caballería, por una parte, y el aura delicada de poesía que derramaba sobre ella la pureza y castidad del amor del caballero a su dama, amor cristiano, etéreo, ideal, que presupone purificación y lleva al sacrificio.

La primera se refiere a la conversación de Vivaldo con don Quijote (1), en que haciendo éste el elogio de su profesión dice: «Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las a ella tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la profesan tienen, sin duda, mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando a Dios favorezca a los que poco pueden».

Corresponde la segunda cita al capítulo I, parte I, en que, según Cervantes refiere, don Quijote pensaba para sí que «el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma».

A llamar, pues, sacramento a la Caballería conduce la observación de las descritas ceremonias que corresponden en cierto modo a la noción de la palabra. Ellas eran en realidad el signo externo del efecto interior producido en los candidatos, efecto que, como se ve, tenía un alcance religioso por una parte, y por otra un significado social que en último análisis venía a resolverse en el primero, pues no era otra cosa que el ministerio humano de la justicia divina, y la traducción, en humano también, del amor divino y desinteresado; un como ejercicio de depuración del sentimiento amoroso que a la muerte se volvería a su fuente verdadera y única.

Esta interpretación guarda paridad con las palabras de Walter Scott: «Fue peculiar a la Caballería», dice, «la amalgama del valor militar con las más fuertes pasiones que influyen en el corazón del hombre: los sentimientos de devoción y los de amor».

Cuando sobrevino la decadencia de la Caballería como obra de eficacia directa social y guerrera, decadencia efectuada por causas complejas, entre las cuales tiene que contarse la invención de la pólvora y consiguiente preponderancia del soldado de a pie sobre el de a caballo, tuvo la orden una desgracia más en la imaginación popular. La literatura relativa a los caballeros andantes formada en las novelas de caballerías, era ciertamente monstruosa y repleta de hechos y episodios inverosímiles y absurdos: cuentos disparatados, dice el bueno del Canónigo al señor Cura (2), semejantes a las fábulas milesias, que atienden solamente a deleitar y no a enseñar; que no hacen un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los compo-

(1) Parte I, Cap. XIII.

(2) Quijote, parte I, Cap. XLVII.

© Biblioteca Nacional de España

nen con tantos miembros, que más parece que llevan intención de formar una quimera que hacer una figura proporcionada; historias «tan en daño de las buenas costumbres y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias», como dice el mismo Cervantes por boca del Caballero del verde Gabán (1).

El pueblo, no obstante, fue siempre caprichoso en sus gustos y querencias. Las novelas de caballerías formaban las delicias del pueblo español, por lo que escritores sensatos como el Manco de Lepanto, y los ascéticos y místicos, como el Maestro Venegas y Malón de Chaide, hicieron un deber el zaherirlos en guarda del buen juicio y de las buenas costumbres.

De sus mismas cualidades, pues, nació el descrédito de los libros de caballerías, y del descrédito de los libros de caballerías, la obra imperecedera de Cervantes, quien llevaba en su mente el objeto deliberado de acabar con ellos, en que obtuvo éxito brillante. Pero Cervantes, cristiano como buen español, y caballero andante, si los hubo, no intentó jamás ridiculizar la institución que arrancó a su pluma de oro y a su corazón entusiasta de todo lo noble y justo, acentos de sentida poesía.

Sin embargo, sutiles el entendimiento del hombre: de esa burlesca censura de las novelas pasó el espíritu de los españoles a burlarse de la Caballería misma, y cayó en el más grande descrédito la orden que dio a España tantos días de gloria legítima simbolizada en el Cid Campeador, y tanta grandeza y poderío atestiguada por la obra única en el mundo, del descubrimiento, conquista y colonización de vastas regiones de ultramar, obra debida al espíritu caballeresco.

No importa, sin embargo; la andante caballería no es un nombre; el nombre es sólo un accidente; lo esencial de ella fue la obra de la información de la vida, el empapamiento de los corazones en sus principios y en sus prácticas. La Caballería fue institución civilizadora; se impuso a todos los órdenes sociales con excelente influjo, como que era fruto de la semilla cristiana maravillosamente fecundada.

He aquí los mandamientos de la orden, compilados o reunidos de nuevo por el citado Gautier: I. Creerás lo que la Iglesia enseña, y observarás todos sus mandamientos; II. Protegerás la Iglesia; III. Serás respetuoso de todos los débiles y te constituirás su defensor; IV. Amarás a tu patria; V. No retrocederás ante el enemigo; VI. Harás a los infieles guerra sin tregua y sin piedad; VII. Cumplirás con puntualidad tus obligaciones feudales, siempre que no sean contrarias a la ley de Dios; VIII. No mentirás, y serás fiel a la palabra empeñada; IX. Serás liberal con todos; X. Siempre y en todas partes serás campeón del derecho y el bien contra la injusticia y el mal.»

He aquí también cómo resume el Héroe manchego sus cualidades: «De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bienquerido, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones. .....» (2)

(1) Quijote, parte II, Cap. XVI.

(2) Quijote, parte I, Cap. 50.

© Biblioteca Nacional de España

Que estos principios interpretan fielmente las enseñanzas cristianas no es preciso demostrarlo; que contribuyeron a idealizar los sentimientos de rudos guerreros medioevales, lo patentiza el etéreo culto del caballero a la dama de sus pensamientos; que fueron parte a mejorar la condición social del pueblo, lo enseña la historia al recordar, en las palabras del Cardenal Ricard, que el pueblo, habituado a ver opresores en los señores feudales, podía al fin considerarlos como protectores del débil contra el fuerte; que la caballería abrió nuevos horizontes a Europa, consolidó nacionalidades y engrandeció imperios, lo pregonan las páginas resplandecientes de los anales humanos, que nos dicen de las cruzadas, las hazañas de Colón y los que le siguieron por espacios de siglos, y la lucha siete veces secular y nunca bien apreciada de que fue teatro el suelo de la Península. Lucha fue ésta que por su duración e importancia política contribuyó a que el ideal caballeresco, es decir, el espíritu cristiano en su más alto grado de intensidad, arraigase en el suelo español más que en país alguno de Europa; lucha fue ésta que formó la nacionalidad española, con la cruz del Hijo de Dios como enseña gloriosa, como señal de victoria; lucha fue ésta, en fin, que amasó íntimamente la fe y las prácticas y los sentimientos de Cristo y su Iglesia con la sangre peninsular, haciendo así descender una nueva generación del alto cielo, si he de parodiar el verso del poeta de Mantua. Porque mirando las cosas superficialmente podría decirse que era rivalidad entre árabes y españoles; mas la verdad es que frente a frente estaban dos civilizaciones, la oriental por una parte y la occidental por otra, cimentadas sobre diferentes bases religiosas; y así el aspecto político de la guerra legendaria se resolvió fácilmente en cuestión religiosa.

II

Alrededor de la Cruz, he dicho, se formó la nacionalidad española, y al hablar así he tenido en cuenta todos los elementos que constituyen la nacionalidad, entre los que ocupa eminente lugar la literatura, y antes que ella la lengua. Y la Cruz fue el lazo principal que mantuvo unida y estableció la homogeneidad entre todos los elementos de la nación, que eran tan heterogéneos como eran distintas las lenguas que en la Península se desprendieron directa o indirectamente del común tronco latino, aparte de la éuscara, de estructura y origen absolutamente diferentes.

No podían las lenguas primeramente referidas abrevarse en otra fuente que la muy pura de los principios fijos que, habiendo penetrado y herido indeleblemente el corazón del pueblo, iban poco a poco formando el sér espiritual de aquéllas, las que habían luego de brillar con tan vivos y espléndidos resplandores. Y tal fue la cohesión establecida por la Iglesia, que muchas de las diversas hablas hermanas vinieron a fundirse inseparablemente. Ésta es, pues, una obra fundamental de la Caballería, como agente y portaestandarte de la religión cristiana, que explica toda la historia de la literatura española.

Con los antecedentes dichos no es de sorprender la gallarda

© Biblioteca Nacional de España

manera como aparece la literatura castellana en poemas religiosos; y el primero de ellos quizás, *La Adoración de los Reyes magos*, que encarna la creencia del pueblo en el Hombre-Dios, cantando a aquellos sabios que guiados por la milagrosa estrella se encaminan desde sus lejanas tierras, llegan a Palestina, inquieren, buscan, se afanan, hasta dar con el Infante; y después de adorarle y rendirle el tributo debido como a Dios, como a rey y como a hombre, parten del pesebre humilde a manera de fugitivos, para no cumplir los deseos del tirano, quien los esperaba con ansia para, descubierto el paradero del Salvador de los hombres, acabar de una vez con los temores y angustias de su pecho, haciendo derramar su sangre inocente.

Así se inician las letras españolas con evidente influencia de la tradición cristiana, que abarca enteramente la base fundamental del cristianismo, a saber, desde el nacimiento del Mesías hasta la tragedia de la crucifixión, desde luego que el leproso aquél curado al lavarse con el agua que sirvió para el aseo del niño, es figurado como el buen ladrón por el anónimo poeta.

Y de aquí en adelante no hay obra en que el aliento cristiano, ya sea por el asunto, ya por el espíritu y tenor general, no respire el aura del Evangelio, de la civilización cristiana, de la Iglesia católica: palpita en cada uno de los versos y sentimientos del Poema del Cid; es el argumento de Santa María Egipcíaca; y llena, informa y se derrama sobre todas las obras del Rey Sabio, quien de ese modo dejó en las Siete Partidas un monumento de ciencia jurídica y una envidiable reputación de legista cristiano; y él mismo, como queriendo sintetizar más completamente la devoción española en las letras, escribió sus inmortales Cantigas a la Virgen, no en castellano, que en esa época no estaba aún en capacidad de elevar a las regiones altas y serenas del arte los acendrados sentimientos de amor a la Madre del Verbo, sino en el dialecto gallego, ya más perfeccionado y pulido al contacto y al ejemplo de los trovadores del Sur de Francia, de la lengua de oc.

Es insuperable la literatura española por el catolicismo que en ella palpita. Todas las literaturas de Europa, es verdad, pueden gloriarse de contar como maestras obras católicas, pero no puede decirse que sea católico, o siquiera cristiano el conjunto de ellas, con la misma propiedad con que puede decirse de la literatura de España.

En ese período de los vagidos espontáneos del idioma, en el siguiente, que lo fue completamente nacional, en el período de imitación que le siguió, y en el vigoroso resurgimiento nacional del siglo XIX, encontramos el mismo fecundante aliento; que si bien en la última época, el espíritu de aceptación imprudente, desatentada y antipatriótica de modas extranjeras hizo desviar a muchos felices ingenios del estricto camino que la tradición constante les marcaba, y el afán de aparecer como innovadores y adquirir nombre y fama ante los extraños puso en sus labios más de una palabra irónica, más de una volteriana frase, y contribuyó a desacreditar a la patria ante aquéllos a quienes de tal manera se adulaba, tomando en conjunto y no en detalle la obra

© Biblioteca Nacional de España

literaria de dicho período, siempre sale cierto que la influencia cristiana jamás abandonó el campo de las letras. Han aparecido en efecto escritores heterodoxos, pero su heterodoxia no ha sido radical. Por motivo de la desconformidad inherente al hombre entre los principios que suele sustentar, y las prácticas a que le impulsa la ingenuidad de su corazón, más sencillo y puro de lo que en general se concede, no logra el espíritu del mal y el error enseñorearse completamente de una obra providencial como lo es la literatura española, fisonomía de su pueblo; de suerte que los aludidos escritores, violando en detalle las leyes históricas de las letras patrias, en el conjunto mostraron estar imbuídos en las leyes de la civilización a que debían su sér de hombres libres e independientes.

Esta influencia se nota desde el principio de la historia literaria, no importa el asunto que manejen los poetas y prosadores, ora sean populares o eruditos; pero conviene a mi propósito insistir sobre hechos especialísimos de la lengua castellana, o mejor dicho, de las lenguas españolas.

III

El sacerdocio ha sido en nuestras letras el maestro del arte, así como es maestro en lo espiritual. El ha dado el ejemplo en todos los géneros; de su seno han salido los Berceos, los Juan Ruiz, los Juan de la Cruz, los Malón de Chaide, los Luises, los Marianas, López, Calderones, Verdaguer, Colomas..... la mayor parte de los cuales ocupa el principado en sus ramos respectivos; y uno de éstos, Fray Luis de León, debe ser considerado al par que como altísimo poeta, por otros dos aspectos.

Fray Luis de León es el modelador de la lengua: él es quien, más que ninguno otro de su época, se dio cuenta del valor de la elección, lugar, orden y concierto de las palabras al escribir en romance; del juicio que debe guardarse en lo que se dice y en la manera como se dice, a fin todo esto de que haya en lo escrito claridad, armonía y dulzura, para levantar el romance del decaimiento ordinario de las personas que lo hablaban solamente; y agrega que «este camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mí, que bien sé la pequeñez de mis fuerzas, sino para que los que las tienen se animen a tratar de aquí adelante su lengua como los sabios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas; y para que la igualen en esta parte que le falta con las lenguas mejores, a las cuales, según mi juicio, vence ella en muchas virtudes.»

Por las palabras anteriores se comprende que el sabio agustino estaba en presencia de una lengua hablada y escrita hasta entonces en cierto modo según la inspiración personal tan sólo; que se dolía de verla cumplir sus destinos sin los caracteres de esplendidez artística que ya adornaban al romance toscano, y sin la seguridad de la vida perdurable, cosas éstas que fueron siempre sello bien marcado de las lenguas sabias como el griego y el latín, que a los recursos naturales ofrecidos por su constitución y

© Biblioteca Nacional de España

estructura sintéticas, agregan el cuidado amoroso de sus cultivadores en pulirlas y perfeccionarlas aplicando a ellas las dotes de la reflexión, y purificándolas con el buen gusto en la elección de palabras y figuras, y en la adopción de elementos verbales o sintácticos extraños.

Surgió, pues la prosa castellana en *Los Nombres de Cristo* y *La perfecta casada*, que marcan los nuevos rumbos en que se ilustraron tantos entendimientos de Castilla en los siglos de Carlos V y los tres Felipes.

Pues el catalán es una lengua española ¿por qué no agregar, aunque sea a manera de paréntesis, que fue un santo predicador y mártir, Raimundo Lulio, quien la reveló a sus compatriotas capaz de toda disciplina científica y literaria, quien la fundó, en una plabra?

Pero no pára aquí la influencia del cristianismo en el esplendor de nuestra literatura, por la doctrina o por la obra de sus sacerdotes y maestros: otra corona más alta ciñe su excelsa frente.

IV

Hay una literatura *religiosa* que es como el género, en que están contenidas varias especies: la devota, la ascética y la mística. Devoto es el *Carmen seculare* de Horacio; devotos son los himnos de Prudencio, aquel glorioso poeta español a quien Menéndez y Pelayo, maestro de los maestros en este punto, da el apodo atinado y expresivo de hemólatra; devoto es el Rey sabio en sus *Cantigas;* ascético, no místico, es Fray Luis de León en su *Vida retirada*, y Fray Luis de Granada en su *Guía de pecadores;* porque esta literatura ascética o devota no busca otra cosa que asuntos en algún modo referentes a la perfección del hombre, a las relaciones del hombre con Dios, pero sin salir el alma absolutamente de su estado natural.

El sér humano, empero, es en este mundo insaciable en su anhelos. El hombre tiene conciencia de su inmortalidad, presiente el fin de bienaventuranza perfecto que le espera ultratumba, no descansa en los bienes que le brinda la naturaleza y las obras humanas, por grandes que sean; y como tenga sincera creencia en Dios, un espíritu pensador, un corazón eminentemente amoroso, busca la manera de seguir subiendo en la escala del bien y la verdad en persecución del Bien y la Verdad infinitos, de ponerse real y verdaderamente en presencia de El, de unirse con El inmediatamente, no ya por medio de las cosas creadas, a fin de gozar anticipadamente de la bienaventuranza perfecta, a fin de conocer todas las cosas en El.

El análisis del proceso en virtud del cual el alma asciende por las criaturas a beber la vida en su fuente infinita, la explicación del amoroso deliquio, la filosofía de la vida terrena como una participación del Infinito increado, da nacimiento a una riquísima filosofía y engendra un parnaso delicioso, en donde se halla la oda del cirenaico Sinesio Ἄγε μοι λίγεια φόρμιγξ; el *Cántico del*

© Biblioteca Nacional de España

Amigo y el Amado, de Raimundo Lulio, el Doctor Iluminado; inspira el himno de San Buenaventura a la Virgen,

Ave, celeste lilium,
Ave, rosa speciosa;

produce la *Noche serena* de Fray Luis de León; *Las Moradas*, de Santa Teresa; *A Epícaris*, del ilustre Menéndez y Pelayo; *Cupio dissolvi et esse tecum*, de Ricardo León; y los acentos celestiales que cantaron los querubines del empíreo por los labios del Doctor Estático, San Juan de la Cruz, acentos que el mundo conoce con los nombres de *Subida del Monte Carmelo*, *Noche oscura del alma*, *Cántico espiritual entre el alma y Cristo su esposo*, y *Llama de amor viva:* he aquí la literatura *mística*, ramo muy importante del arte literario, y de importancia grande en España más que en ninguna otra nación del mundo, cuya explicación completa en sus grados de conocimiento, amor y oración se encuentra, respectivamente, en el *Itinerarium mentis in Deum*, del Doctor Seráfico, y las obras de dos doctores españoles: la *Subida del Monte Carmelo* del Doctor Estático, y *Las Moradas*, mencionadas anteriormente.

Cuando medito sobre esta literatura mística no puedo menos de admirar los raudales de ciencia crítica al par que de finísimo arte plástico que contiene. Ello es que al misticismo literario precedió el misticismo filosófico, que ha sido siempre una tendencia natural del espíritu humano, pues sintiendo el alma una capacidad inmensa para la verdad y el bien, y viéndose siempre burlada en sus conatos por llenarse, por saturarse, digámoslo así, de ellos, se dirige instintivamente a donde su misma naturaleza le está diciendo que se encuentran sin límite ni medida, y quisiera pretermitir todo orden natural para conseguirlos de una vez. Pero una cosa es, y aquí vienen los errores de todos los tiempos, juzgar que aquello sea factible dentro del orden de la naturaleza, y otra, que sólo puede lograrse por la acción de la gracia, ya en la otra vida, ya por unos pocos privilegiados en la presente; una cosa es sostener que esa presencia o unión con la Verdad infinita significa absorción del alma en el seno de Dios o del gran todo, y otra, comprender que esta teoría elimina la existencia misma de Dios y destruye la personalidad, la substancialidad humana.

Pues bien, el misticismo filosófico de los orientales, el monismo emanatista de los neoplatónicos, el panteísmo idealista moderno, y el que pudiéramos llamar misticismo de la escuela estoica, todos los cuales sistemas tienen por base el panteísmo, llevan a la extinción de la personalidad. Ya sea porque siendo Dios la única existencia real, según algunos de ellos, el alma, que de él es una emanación, viene en fin de fines a quedar absorbida en él al terminar la vida; ya porque comprendiendo que la existencia sensible es una ilusión, el único medio de acabar con el dolor que ella produce es extinguir todo deseo, toda actividad, para confundirnos y anonadarnos en el seno de la existencia inmóvil; ya, en fin, porque la extinción e independencia de todo deseo es la ἀπάθεια, característica esencial del sabio, como lo quiere el estoi-

© Biblioteca Nacional de España

cismo; lo cierto es que todos los sistemas análogos son pateístas, sea cual fuere el calificativo que los especifique; y el panteísmo dará, como ha dado en efecto, desde la China y la India hasta Alemania, ingeniosos y aun grandiosos sistemas de metafísica que, si no arrancan nuestro asenso, merecen por lo menos nuestra admiración; pero que anonadan el libre albedrío, engendran el fatalismo, conducen a asignar al vicio, al mal moral, un origen divino, y convierten al hombre en un sér inútil, en un imbécil.

Todas estas condiciones son incompatibles con la creación artística, que supone libertad, acción, lucha, conciencia de la propia personalidad y de todas las cosas creadas como substancias distintas de Dios y de toda otra; así que de todos los matices del panteísmo sólo el emanatista ha producido tal cual poeta místico, y eso a pesar de la filosofía que los respalda.

En nuestra España nacieron y prendieron los errores molinosistas, que eran un quietismo enervante y estéril: tuvieron en verdad momentáneo prestigio que se derramó fuera de las fronteras patrias, y llegaron a influír en inteligencias como la de Fenelón; pero la filosofía otodoxa no llegó jamás a ser vencida: la raíz era vigorosa y el producto grande y de robusta calidad.

El cristianismo es la religión más humana, y por lo mismo la filosofía que de ella se deriva tiene que andar en perfecta consonancia con todas nuestras funciones materiales y anímicas, con los dictados del sentido común, con las innatas aspiraciones del corazón. Por esta razón la literatura ascética y la ciencia y el arte místicos españoles, fundados en la doctrina y filosofía católicas, son tan humanos, tan fecundos y tan amables.

Digo que la literatura religiosa española es humana porque no tiende a anular la personalidad, ni destruye la libertad; porque es perfectamente inteligible; porque se distingue, según las palabras de Fitzmaurice-Kelly, por el perfecto equilibrio del buen sentido; porque basta recordar a los místicos que dejaron en el mundo huellas imborrables para que se vea cómo ese su vivir y pensar contemplativos no fueron óbice a la actividad de sus vidas, nacidas para la dirección de otros hermanos, para la fundación de institutos que son honra de la patria, para el ejercicio activo de las armas, y para la polémica y las investigaciones científicas.

Es fecunda la literatura religiosa de España, más que la de cualquiera otra lengua: según el autor de la *Bibliotheca* el número de esos autores no baja de tres mil.

Finalmente, la he llamado amable. Larga, aunque de ningún modo desagradable tarea sería demostrarlo con ejemplos. Pero el plan de este trabajo es sintético y no analítico, pues se haría interminable. Todos desde nuestros bancos del colegio aprendimos a gustar al delicado Luis de León; todos nos hemos encendido en llama ardiente de amor al resplandor de la hoguera que caldeaba, sin secarlo, el enamorado corazón de Santa Teresa; y nos hemos deleitado con el príncipe de nuestros poetas, aquel feliz ejemplar de la inteligencia y la imaginación españolas, San

© Biblioteca Nacional de España

Juan de la Cruz. Ni falta en la larguísima lista de místicos conspicua representación americana en la Madre tunjana Sor Francisca Josefa de la Concepción del Castillo, émula de la Doctora de Avila.

Ya he insinuado que en la mística, la ascética y la literatura devota aventajamos enormemente en cantidad y calidad a todas las naciones de Europa. Agregaré que ello es natural consecuencia de la influencia preponderante que tuvo la religión de Cristo en nuestra literatura.

V

Todos los hijos de la Edad Media quedaron, es verdad histórica, influídos por el cristianismo; pero en la literatura española labró éste hondos surcos, como lo hemos visto. Observamos ya su huella, más profunda que en país alguno, en nuestras letras sagradas, y hemos de verla de igual modo en más de una especie del género dramático, en el que creó un tipo exclusivamente español y absolutamente original. Jamás, por otra parte, se manchó nuestra literatura con el paganismo literario que arrancó tan airados anatemas a la celosa pluma del Abate Gaume.

Al abjurar del paganismo literario no quiero referirme en manera alguna a la imitación de aquellas cualidades y aquellos procedimientos artísticos de los paganos de las dos penínsulas mediterráneas, que serán siempre el alto ejemplo de todos los artistas de la forma plástica, y la norma segura de las obras que han de nacer con la corona de una perpetua juventud; que a ambas penínsulas puede aplicarse el bello apóstrofe de Núñez de Arce:

¡Grecia, Grecia inmortal! ¡Madre amorosa
de héroes y genios! ¡Sosegada fuente
de rica inspiración! ¡Fecunda esposa
del arte! ¡Eterna luz de nuestra mente!

Esta imitación en efecto, puede realizarse y la realizan ciertamente todos los grandes escritores sin necesidad de trocar su ambiente social por uno extraño, pasado y aun inferior a aquél en que se agitan. Llegar a este último extremo es denunciar la falta de la primera condición esencial del arte, a saber, la verdad en cuanto al pensamiento y la sinceridad de la inspiración y el sentimiento.

Me refiero precisamente al prurito de arropar la vigorosa civilización del Hijo de Dios con el manto de la cultura pagana; a la irresistible tendencia de Bembo, Sannazaro y Vida, de traducir en pagano los nombres más augustos del cristianismo; y de concebir las ideas en los moldes de la religión de Júpiter y los «dioses inmortales». Según Bembo, León X llegó a la silla pontificia *deorum inmortalium decretis*, por el querer de los dioses inmortales; para Sannazaro, las almas de los patriarcas se estremecieron de placer en el limbo al realizarse el misterio de la Encarnación del Verbo, *quo tristia linquant Tartara, et evectis fugiant Acheronta tenebris, immanemque ululatum tergemini*

© Biblioteca Nacional de España

canis, o lo que es lo mismo, porque ya iban a salir del tenebroso Aqueronte, y no volverían a escuchar el monstruoso aullido del Cancerbero. Vida refiere la institución de la Eucaristía en los siguientes versos de una hermosura material, de una acabada factura, que bien pudiera prohijar el Cisne de Mantua, pero que no puedo menos de tachar de irreverentes en grado sumo y aun heréticos:

Jamque heros puras fruges properataque liba
Accipiens, frangensque manu, partitur in omnes:
Inde mero implevit pateram lymphaque recenti,
Et laticis mixti dium sacravit honorem
Spumantemque dedit sociis: mox talia fatur:
Corporis haec nostri, haec vera cruoris imago. . . . . (1)

Jesucristo es, pues, según el servil lenguaje poético de Vida, *heros*, un héroe, ni más ni menos que Eneas o Acates, Hércules o Teseo; y pasando por sobre las demás palabras qne tamizan a su sabor el pensamiento cristiano, y que constituyen copias impertinentes de Virgilio, deseo se destaque solo el último verso citado:

Corporis haec nostri, haec vera cruoris imago.

(ésta es la verdadera imagen de mi cuerpo y de mi sangre), para concluír con el citado Abate Gaume que no es fácil conciliar la verdad evangélica con el claro significado del verso: tal es el empeño de Vida, como el de los otros a quienes me he referido, en inmolar su civilización en aras de los dioses muertos.

Pero el Abate Gaume hace muy pobres deducciones cuando de estos desvíos saca argumentos contra el estudio de la antigüedad artística, so pretexto de que ella no engendra sino abortos paganos o híbridos. Recordara la historia literaria de España desde Garcilaso hasta Rafael Pombo y desde Cervantes hasta Pereda, y observara cuán benéfico fue para su desarrollo eminentemente nacional y cristiano el estudio concreto de la estética en aquellos monumentos insuperables, la que adaptada a nuestra manera de pensar y concebir, y tomada a contribución en beneficio de nuestra cultura, contribuyó a fijar y generalizar el concepto de nuestros ideales.

Imitación no significa servilismo. La imitación es una necesidad del arte; y esto es un principio vulgarísimo desde Aristóteles. Imitar es guiarse uno por las reglas generales y eternas que rigen las obras humanas, y que se derivan de leyes naturales; y si alguno por imitar ha trasladado en vez de interpretar y adaptar dentro de esas leyes generales, no es ello culpa del principio de arte invocado, sino mal achacable de todo en todo al capricho individual, como lo hemos visto en los ejemplos anteriores.

(1) Ya el héroe, habiendo tomado el pan sin levadura apresuradamente preparado, lo parte con su mano y lo reparte entre todos. Llena en seguida una copa de agua fresca, bendice la divina mezcla y la presenta espumante a sus compañeros diciendo: ésta es la verdadera imagen de mi cuerpo, la verdadera imagen de mi sangre.

© Biblioteca Nacional de España

No, lo repito, las letras patrias no se dejaron jamás contaminar del paganismo literario. Fray Luis de León, entre los clásicos, llevó en ocasiones la imitación de Horacio hasta un punto demasiado avanzado, y aun en este caso cinceló tan castellanas joyas como *La Profecía del Tajo;* y aun a pesar de los lunares mitológicos que deslustran más de una de sus poesías místicas, el cristiano llega a asomarse por medio de ellas a las áureas puertas de la «alma región luciente.»

El triunfo de la literatura española en la ascética y en la mística se repite en el teatro: no hay en el mundo drama más original, ni más rico, ni más castizo: y con esto último he dicho que fue cristiano hasta lo sumo.

El cristianismo al afirmar la doctrina del libre albedrío, sopló en el mundo y en las conciencias de los hombres un fecundo aliento de independencia, que se traduce, entre otras cosas, en la libertad del juicio, en la autonomía de carácter; y es esta libertad e independencia lo que ante todo atrae la atención de quien observe nuestro opulento drama, que, libre de ligaduras arbitrarias, representó todas las cosas humanas, invadió el mundo ideal, y pisó también los pavimentos del cielo.

Cuando Luzán, el jefe de «los afrancesados», censuraba acremente a Calderón por haber violado la regla de las tres unidades y echádose a andar por el gran teatro del mundo, dirigiendo sus pisadas con los auspicios de muchos giros solares, con esto y con otros muchos puntos de su mezquina crítica menuda, no hacía sino ensalzar la grandeza del drama español en su representante más augusto. Un teatro al estilo del francés habría sido ridículamente exótico en España; habría sido la antítesis del país de los caballeros andariegos y emprendedores; habría sido signo de servidumbre artística de una raza a quien su cristiano corazón impelía en todo a la independencia; habría producido, en vez de *Las Mocedades del Cid, El Cid* enteco y absurdo de Corneille.

No es vano lo que digo: si la inquisición hubiera sido el boa del pensamiento, como lo aseguran declamadores ya pasados de moda, no podría explicarse absolutamente el drama peninsular, ni los diversos géneros literarios. Tirso, por ejemplo, habría tenido que romper su pluma antes que describir con colores tan vivos las liviandades de don Juan Tenorio, antes que herrar con el estigma de su sátira a las beatas hipócritas; Guillén de Castro no hubiera estampado algún procaz lunar; no habría habido lugar a atribuír a Cervantes intenciones francamente irreligiosas. Digo pues que las letras castellanas fueron cristianas en toda la lata significación del vocablo, porque la religión cristiana las tenía penetradas de su suave y vigorizador influjo.

Sacudieron nuestros dramáticos las reglas de las tres unidades por ser absurdas en sí mismas, más que por despreciar altivamente razones de tradición invocadas por una crítica que no sabe leer, pues basta haber pasado la vista por el *Agamenón* y *Las Euménides* de Esquilo, *Las Suplicantes* de Eurípides y *Las Traquinianas* de Sófocles; basta además leer correctamente y entender el texto de Aristóteles que se ha invocado como ciega autoridad, para que no quede otro camino que declarar perdido el

© Biblioteca Nacional de España

pleito por parte de «los afrancesados». Lope de Vega dijo en su *Arte nuevo de hacer comedias:*

> Y cuando he de escribir una comedia
> Encierro los preceptos con seis llaves;
> Saco a Terencio y Plauto de mi estudio
> Para que no den voces, porque suele
> Dar gritos la verdad en libros mudos,
> Y escribo por el arte que inventaron
> Los que el vulgar aplauso pretendieron;
> Porque como las paga el vulgo, es justo
> Hablarle en necio para darle gusto;

y quizás estas palabras nos revelan que él, por una parte, no tuvo jamás tiempo de examinar a fondo la cuestión, y por otra, que no era cosa que le quitaba el sueño, desde luego que no preciaba nada tanto como su corona de vate popular y vate español. Exito ruidoso coronó su anhelo, y gloria inmarcesible cubrió el suelo pisado por todos los dramáticos de la época, que siguieron sus huellas luminosas.

Pero he aquí que la originalidad y casticidad del drama español no se limitan a lo dicho, sino que el aura de libertad que penetra en España al género, lo fecundiza y produce dos especies inauditas: los dramas religiosos o de santos y los autos sacramentales.

El drama que, para excluír las dos especies que acabo de citar, podríamos llamar profano, no desdice tampoco de los sentimientos católicos de la nación; su catolicismo se le ha enrostrado a nuestra literatura como una tacha; y con decir que de esa cualidad han tratado de formar base los enemigos de la patria para denigrarla en su literatura, está dicho que ella la honra. Considerando la cuestión desde un punto de vista abstracto, diré que el reflejar el drama con toda exactitud los sentimientos religiosos del país de donde es oriundo no permitía ciertamente su absoluta universalidad; mas ello, si falta fuese, lo sería de todos los dramas del mundo, desde el griego hasta el más moderno; pero es el caso que eso no es defecto, sino la gloria del arte y la corona de la patria: el arte es parte palpitante de la historia, y el arte dramático, que es la poesía en su más alta representación, por su papel social, no puede ser absolutamente universal: tiene que ceñirse a las limitaciones del ambiente, una de las cuales es la muy apremiante de su fe religiosa y de las costumbres nacionales.

El drama profano español es la acción del pueblo español, hijo de la palabra dulcísima de Cristo y de la espada del Dios de los ejércitos. *La prudencia en la mujer de Tirso*, el teatro de Alarcón, *La vida es sueño, de Calderón*, colman en este punto el tropel que se agolpa en mi memoria. Finalmente, como dice el doctor Adolphus William Ward, es difícil distinguir en España lo que

© Biblioteca Nacional de España

VI

Estos son, a grandes rasgos, los resultados de la influencia del cristianismo en la literatura española. Como se ve, esta influencia, agenciada en parte muy principal por la Caballería, dio a la patria su fisonomía única, y a la literatura, los caracteres que siempre la adornaron de serenidad, honor, y amabilidad, variedad y profundidad, como que son cualidades que se desprenden del culto de la belleza plástica o de la espiritual, culto que se aquilata al calor de una religión como la cristiana, cuya misión es equilibrar todos nuestros pasos y toda nuestra actividad, e infundirnos la confianza de alcanzar algún día la meta de nuestros anhelos continuos.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

(AUTOR ANONIMO)

SEGUNDO PREMIO.

CAPITULO I

DESENVOLVIMIENTO DE LA POESÍA RELIGIOSA

PRESCINDIENDO de la espontaneidad, ese impulso natural, interno que tienen las diversas manifestaciones del arte y que, en tesis general, rechaza toda explicación, cabe, sin embargo, decir, por ser fruto de la observación histórica, algo así como un fenómeno objetivo que se descubre estudiando los tiempos pretéritos, que las primeras manifestaciones de la poesía castellana van siempre acompañadas del sentimiento religioso contemporáneo. Tal en la antigua Grecia, en los reculadísimos y legendarios tiempos de Orfeo, el sentimiento poético corre parejas con el desarrollo de la religión helena, de la misma manera, los primeros monumentos de la poesía castellana, llegados a nuestras manos y de que tenemos memoria fidedigna, son inseparables del Cristianismo, a la sazón imperante. De religión a religión, la única diferencia que se observa entre la poesía de la vieja Hélade y la castellana en sus primeras manifestaciones, es que, mientras en la primera, el paganismo antropomórfico y mitológico sirve de fuente de inspiración a los poetas, en la segunda esta misma inspiración se desarrolla en torno de la idea de Dios: de manera análoga, el culto de los héroes helenos es supeditado en la primitiva poesía peninsular por la veneración de los santos; la piedad y la fe en la sagrada religión de Cristo reemplazan, en suma, las absurdidades y groserías del antiguo politeísmo. Fruto delicado y sabroso, suave y exquisito de esta a modo de trasmutación de valores religiosos en las conciencias son el *Misterio de los Reyes Magos*, el *Libro de los tres Reyes del Oriente* y la *Vida de Madona Santa María Egipciaqua*, muy probablemente del siglo XII y reputados

© Biblioteca Nacional de España

como los monumentos más antiguos de la poesía castellana, en general, y por ende también de la poesía mística o sagrada.

Versa el primero de los poemas presentados, según se adivinará muy fácilmente, sobre una leyenda harto conocida, derivada en parte de la Biblia y en parte imitada de tradiciones medioevales, muy corrientes también: es a saber, el degüello de los inocentes o la adoración de los tres reyes Melchor, Gaspar y Baltasar. Indicamos exprofeso estas dos fuentes porque, a decir verdad, luego de haber leído todos los ciento cincuenta versos más o menos del poema, no podemos precisar con entera exactitud el origen genuino. La obra nos ha llegado incompleta y en ella se habla de los dos episodios sagrados antes referidos.

El poemita tiene bastante calor, acción y no poco movimiento, cualidades nada despreciables desde el punto de vista literario. A más del interés que ofrece la antigüedad manifiesta (1) de este primer ensayo de poesía litúrgica castellana, tenemos el de ser acaso una de esas composiciones llamadas *misterios*, preludios de nuestro teatro, en los que había a menudo una parte cantada, no de otro modo que se entonaban antífonas y salmos bíblicos en las naves de la Iglesia. (2)

Un tantico más descuidada, por no decir más basta, es la factura externa o versificación del *Libre del tres Reys d' Oriente*, cuyo argumento es parecido al poema que acabamos de estudiar. Aquí se nos dice también:

De los tres Reyes que vinieron buscar
A Ihesucristo que era nado,
Vna estrella los guiando;
.....
E vieron la su estrella
Tan luziente e tan bella
....

Inmediatamente después de este episodio cuéntase la huída de la Santa Familia a Egipto, la que es sorprendida en su marcha por unos bandoleros, Dimas y Gishes. A pesar de esto, creemos estar en lo cierto al pensar que el objeto del poema no es tanto narrar los episodios que sabemos, como exaltar y glorificar la fe en la persona del buen ladrón. Con efecto, colocado a la diestra de Cristo.

Luego quel vió en él creyó,
E mercet le demandó.
Nuestro Senyor dixo
Oy serás conmigo
En el Santo Parayso
.....

(1) Pertenece al siglo XII, si bien Sidfords, en una edición de 1871 de la cual hemos tenido referencia, lo hace remontar a cien años antes de la fecha indicada por nosotros. La versificación es de 7, 8, 9 y 14 sílabas.

(2) Esta parece ser la opinión autorizada del Arzobispo de Santiago, D. Felipe Fernández Vallejo y del señor Amador de los Ríos.

© Biblioteca Nacional de España

Harto más valioso e importante, así por la extensión cuanto por los versos mismos es la *Vida de Santa María Egipciaqua*. El tema se desarrolla en más de 1300 versos de nueve sílabas en su máxima parte. Ante toda cosa, conviene decir algo acerca de los orígenes de este poema, derivado de varias leyendas francesas, y en particular, de un poema atribuído al Obispo de Lincoln, Roberto Grosseteste (1), tema bastante trillado, siendo así como se le encuentra en «romances» vulgares y pliegos sueltos del siglo XVII. Versa el poema sobre la conversión y el arrepentimiento de la famosa pecadora de Alejandría, después de haber ido allí en viaje de recreo o de placer:

En Alexandría fue María
Aquí demanda aluerguía,
Allá va prender ostal
Con las malas en la cal.
Las meretrices quando la vieron
De buena miente la recibieron.
A gran honor la recibieron
Por la beltat que en ella vieron.
Los fijos de los burzeses mandó llamar
Que la viniesen mirar.
.....
Todos la van corteyar
Por el su cuerpo acabar;
.....

Como éstos, hay una porción de versos más, impregnados de cierto realismo ingenioso, cierto naturalismo candoroso que no van sin agradar al lector, debido sin duda a que los tintes de expresión no son muy acentuados ni pecan de deshonestos. Habiendo intentado entrar en el templo, se lo impiden unos ángeles; he aquí varios versos sobre este particular, que bien merecen ser citados:

Dentro entró la companiya
Mas non y entró María.
.....
Que veye huna gente muy grant
En ssemeianza de caualleros,
Mas ssemeiauan le muy fieros;
Cada vno tenie ssu espada
.....

La liviana mujer va luégo a purificar sus faltas en las aguas del Jordán,

Al flumen Jordán vino María,
Ay prisó alberguería.
.....
Bevió el agua que era santa,
.....

(1) Menéndez y Pelayo. *Historia de la poesía castellana en la Edad Media* I, pag. 147.

© Biblioteca Nacional de España

Retírase por último al desierto donde castiga su cuerpo con todas las austeridades como un medio de salvar esa alma, antes empedernida en el mal. Desde el punto de vista literario, es evidente que el poema estudiado deja todavía algo que desear, es decir, que sí adolece de varios defectos. Pasajes hay demasiado ingenuos, sobrado cándidos, que bien traducen cierto abandono de parte de su autor. No obstante saber *a priori* que nos encontramos en un período embrionario de nuestra poesía, el lector atento no puede menos de extrañar de cuando en cuando asperezas y tosquedades que acaso hubieran sido vencidas con ligero esfuerzo, y este defecto es tanto más lamentable cuanto al lado de las máculas indicadas, hay asimismo lugares muy bellos, bien traídos y no exentos de inspiración poética, tal, por ejemplo, la descripción de la pecadora que empieza así:

De aquell tiempo que ffué ella
Después no nasció tan bella,
Nin reyna ni condessa
Non viestes tal como esta;
Redondas avie las oreias,
Blancas como leche doneias:
Oios negros e sobreceias,
Alua fruente fasta las cerneias;
La faz teníe colorada
Como la rosa quando es granada;
.....

Terminada nuestra exposición de estas tres primicias del arte poético religioso primitivo, vamos a estudiar ahora un período de la literatura castellana en el cual la influencia del Cristianismo ha dejado huellas indelebles y precisas: nos referimos al que se inicia con el célebre poeta Gonzalo de Berceo.

«Yo Gonzalo por nomne. clamado.....de Berceo» nacido en las postrimerías del siglo XII, y a su escuela toda conocida en la esfera de las letras españolas con el nombre de *El mester de clerecía* es decir ocupación de clérigos. Y en efecto, la mayoría de los poetas que es permitido incluír bajo esta denominación llevaban vida de claustro, régimen conventual; dado el espíritu contemporáneo y lo generalizada que estaba la educación escolástica medioeval, no es de extrañar que escribieran las más de sus obras en latín. Las que nos interesan, empero, a nosotros, de manera especial, son las que están escritas en el Castellano de la época, todavía en su cuna: de entre ésas, la gran generalidad tenían por objeto hacer propaganda, ensalzar las excelencias de la Iglesia y naturalmente también alabar la vida de los santos.

Los poetas del *Mester de clerecía* no tienen ni con mucho pretensiones a la originalidad; sus aspiraciones, por lo humildes, no alcanzaban a tanto: queremos significar que, teniendo como fin primordial divulgar leyendas piadosas como un medio de fomentar entre las gentes el culto de nuestra religión tomaban lo que para ellos constituía su bien donde quiera lo encontrasen, sin

© Biblioteca Nacional de España

cuidarse de inquirir quién era su verdadero dueño, haciendo caso omiso de su procedencia legítima. En prueba de la escasa o ninguna preocupación de los miembros de esta escuela por lo que hace a las fuentes, citaremos los versos siguiente de uno de ellos:

Sennores, si quisiesedes atender un poquillo,
Queríavos contar un poco de ratiello
Un sermón que fue priso de un sancto librello
Que fizo Sant Jerónimo.
....

Concretémonos al aspecto poético de dicha escuela, el único que exclusivamente nos interesa para este capítulo de nuestro trabajo. Descartando todo prurito de originalidad, los poetas del mester encauzan sus preocupaciones en otras vías. Amén de que en tesis general, gustan de llamarse del *Mester de Clerecía*, para diferenciarse del *Mester de Yoglaría*, sea de Juglares (1), todos ellos tienen empeño marcado, deliberado propósito de allanar su obra y sus inteligencias a los alcances del vulgo; el poeta del *mester de clerecía* es, o por lo menos quiere ser, trovero del pueblo, un cantor del vulgo cuyo lenguaje y expresiones usa estudiadamente.

«Quien fer una proza
En romaz paladino
En qual suele el pueblo
Fablar a su vecino;
Ca non so tan letrado
Por fer otro latino
Bien valdrá, como creo,
Un vaso de bon vino.»

Estudiadamente, porque consecuentes con el fin primordial de difundir las enseñanzas piadosas y el amor a la Iglesia de Cristo bien se les alcanzaba que sólo acercándose al pueblo lograrían su objetivo.

Con estos antecedentes lícito es proseguir el estudio detenido de la escuela, con su representante genuino, quien es a un mismo tiempo el primero en orden cronológico y el más antiguo de los poetas castellanos de nombre conocido, Gonzalo de Berceo, ya mencionado, cuyo nacimiento remóntase a los últimos años del siglo XII. Después de cuidadosa escogencia como era la que se imponía, tratándose de un autor bastante reculado de nosotros, en el curso de los años, y teniendo en cuenta asimismo que nuestro estudio, por lo mismo de ser crítico, ha de determinar sobre todo tendencias y escuelas, podemos aseverar que en la obra de Berceo se observan dos tendencias perfectamente diferenciadas: una exclusivamente literaria, la cual se evidencia y desarrolla en la *Vida de Santo Domingo de Silos*, *el Martirio de San Lorenzo*, *Los Milagros de Nuestra Señora* y *la Vida de Santa Oria;* otra eminentemente mística o religiosa en cuanto se eslabona con tra-

(1) Berceo, el representante más autorizado y distinguido de esta escuela, se llama, sin embargo, de vez en cuando «Juglar».

© Biblioteca Nacional de España

diciones piadosas, con temas de la liturgia y la ortodoxia cristianas. Se comprenderá, por razones obvias, que en nuestra obrita hagamos mérito especial de las producciones de Berceo, que alientan tales ideales, que son: los *Loores de Nuestra Señora*, el *Sacrificio de la Misa*, el *Duelo de la Virgen* y *De los signos que aparecerán en el Juicio*. Mas, como quiera que las nueve obras citadas forman un conjunto armónico y ordenado, y que resplandecen en todas ellas unas mismas cualidades literarias, como frutos que son de un cerebro común, vamos a considerar en Berceo al poeta histórico y religioso a la vez: no hay para qué decir que, encauzado el escritor en una cualquiera de las dos tendencias arriba señaladas, agitaba su cerebro y movía su pluma una fuente común de inspiración, es a saber la piedad cristiana. El solo preámbulo de la vida de *Santo Domingo de Silos* constituye para nosotros la mejor norma literaria para hablar de su autor, el que, según hemos visto, quiere tan sólo, humildemente, «fer una proza en romaz paladino.....» Pocas veces se encuentra, a la verdad, en un poeta, y poeta erudito y leído, más modestia, menos dosis de aspiración a la gloria de la alta poesía que en Berceo. Mas, para que se vea que no obstante tamaña humildad, sí tenía nuestro autor corte, inspiración y catadura de verdadero hijo de las musas, transcribiremos los siguientes versos que retratan una cura practicada por el santo a dos aldeanas:

.....
Dos mugieres contrechas, una de una mano,
La otra de entrambas, sano este buen serrano,
Ond nació tal milgrana, que dio tanto buen grano.
.....
Ambas estas femmas, que eran tan damnadas,
Sanó Sancto Domingo en pocas iornadas,
Por pocas de vigilias, sanas a sus pasadas
.....»

Y luégo este otro pasaje que es, en su género, modelo de charla ligera, viva y amena:

Un precioso miraclo vos queremos decir,
Debedes a oirlo las oreias abrir
De firme voluntat lo debedes oir
Veredes al buen padre en buen precio sobir.

Cozcorrita le dicen, cerca es de Tirón
End era natural un preciado peon;
Servan era su nomne, assi diz la lection,
Quiso fer mal a moros, cayó en su prisión.
.....

Pero los poemas en que a nuestro juicio resplandecen conjuntamente las dotes imaginativas y poéticas de Barceo son los *Milagros de Nuestra Señora* y la *Vida de Santa Oria*, virgen; en los primeros hay estrofas de tal interés narrativo, tan impregnadas de vivacidad, a un mismo tiempo tan suaves y delicadas que más parecen escritas en una época ulterior de nuestra poesía.

© Biblioteca Nacional de España

Esta impresión es, por lo menos la que por nuestra parte hemos experimentado leyendo algunos de los piadosos episodios referidos, tal el segundo milagro que narra cómo un monje cede al espíritu del mal:

«El enemigo malo de Belcebud vicario,
Que siempre fue e eslo de los buenos contrario,
Tanto pudió bullir el sotil adversario,
Que corrompió al monge, fizolo fornicario»

Después de una aventura profana, ahógase nuestro héroe en un río, de donde es resucitado por Nuestra Señora:

«Eslaba el convento triste e dessarrado
Por esti mal exiemplo que lis era inviado.
Resuscitó el fraire que era ya passado,
Espantáronse todos, ca era aguisado.»

Todas las veinte y cuatro leyendas comprendidas en los milagros están animadas del mismo soplo poético y brillan por cualidades literarias análogas; y si bien es verdad que de vez en cuando se advierten tintes algo subidos, colores bastante acentuados, de fuerte realismo cuasi, no es menos verídico que el poeta permanece siempre dentro del círculo de las narraciones lícitas, permitidas por el gusto. La amenidad suave y candorosa de la expresión no traspasa, ni aun en los momentos en que Berceo parece copiar exprofeso situaciones y personajes del natural, los límites permitidos por la piedad Y esto es algo que cabe consignar en tesis general, absoluta, de todas las obras de Berceo: sin duda alguna, en consideración a la vida monacal y mística del autor, hay en su poesía un mucho de erudición escolástica y saber mitológico, pero en conjunto sus versos se deslizan por el sendero de la unción sencilla y el más ingenuo misticismo cristiano.

De los sucesores de Berceo, ninguno hay que haya contribuído a darle más dignidad y realce literarios a la Escuela del *Mester de Clerecía*; citaremos empero, sin hacer elogio alguno, al Beneficiado de Ubeda, autor de la *Vida de San Ildefonso*, sedicente poema éste, escrito a la manera de Berceo, menos la gracia y el sentimiento poéticos que distinguen al gran precursor. Ubeda marca indiscutiblemente la última etapa de la poesía del *Mester*, ya en decadencia. (1)

Casi a un mismo tiempo, al expirar el siglo XIII, otro poeta del que muy pocos letrados hacen mención, si bien es merecedor de mejor suerte, se dio a conocer con unos *Proverbios en rima del sabio Salomón, rey de Israel*. Esta obra de Pero Gómez que así se llamaba su autor, forma un armónico conjunto de cincuentiséis estrofas al modo de Berceo, en las que el poeta exterioriza y desarrolla conceptos morales del más puro cristianismo según se advertirá por la siguiente estrofa inspirada del *Eclesiastés*.

(1) Ubeda compuso otro poema intitulado *Sancta María Magdalena*, tan infeliz como el *San Ildefonso*.

© Biblioteca Nacional de España

«O mezquino deste mundo, como es lleva de engaños
En allegar riquezas et averes atanianiannos;
Mulas et parafreses, vestidurs et pannos,
Para ser fallecedores en tan pocas de armas.»

Mas, no debía detenerse aquí, el desarrollo de este genero de poesías morales inspiradas en las fuentes del Cristianismo, no; lejos de ello, se desenvuelve intensamente desde el reinado de Alfonso X. Siguiendo esta misma inspiración encontramos un tratado piadoso o devoción intitulado *Doctrina Cristiana*, atribuído por error a Sem Tob, rabino de Carrión (1); la otra es un verdadero catecismo Cristiano en verso, y su autor, don Pedro de Veragüe o de Veragua, según reza la estrofa final:

«Malos vicios de mi arriedro,
E con todo esto non medro
Sy non este nombre Pedro
de Veragüe»

El tratado ofrece la novedad, desde el punto de vista métrico de estar escrito en pie quebrado, como se dice, con tres octosílabos y un verso suelto de cuatro sílabas.

En cuanto a su objeto, esencia o finalidad, como se prefiera, no cabe la menor duda que es de índole e inspiración cristianas; sobre ser un verdadero catecismo encontramos en su Prólogo una declaración de fe, inequívoca, que a la letra dice: «Por lo cual soy acusado de mi conciencia que cruel-mente me atormenta, recordando-me los yerros o maculas en que cay, pero toda bia esperando en la misericordia del mi criador redemptor Ihesucristo, piadoso berdadero Dios e berdadero honbre, esforcando-me en la su piadad, conosciendo ser obligado a la berdadera satisfación, atribuyendo los loores a qeual de quien pende todos los bienes de los quales yo so obligado a dar cuenta ansy del juizio e raxon que me docto commo de los bienes tenporales, sy algunos posey ansy commo su despensero de lo qual todo tengo a dar espresa cuenta.»

Necesario es que nos adelantemos ahora hasta el reinado de los Reyes católicos para encontrar poetas que, en la esfera del ascetismo y la piedad hayan dejado obra y nombre merecedores de recordación en los siglos siguientes (2).

(1) La circunstancia de pertenecer este poeta a la religión hebrea, nos priva del placer, que habría sido intenso de estudiar su obra; no obstante diremos, que no poco de lo que de él hemos leído, está conforme con las enseñanzas del Cristianismo.

(2) De pasada no más recordamos también de época de Veragüe, el poema intitulado "*La Danza*" *de la muerte*, de un autor que la crítica literaria no ha podido aún precisar; es una especie de drama cuyos autores -los especímenes más variados de nuestra humanidad- tratan de demostrar la igualdad o nivelación de todos los hombres: ricos y pobres, sacerdotes y obispos, clérigos y seglares. Ahora bien, esta idea igualitaria se deriva en línea recta de la filosofía cristiana; prueba de nuestro aserto es la estrofa final qne dice:

«Pues que asy es que a morir abemos
.....
.....
..... comedio

© Biblioteca Nacional de España

Debemos considerar primeramente a don Juan de Padilla, llamado también el Cartujo, autor del *Retablo de la Vida de Cristo*, poesía narrativa de la vida de nuestro Señor; de *Los doce triunfos de los doce Apóstoles*, composición alegórica que imita la Divina Comedia de Dante, y, como esta obra, escrita bajo la influencia del Cristianismo. Coetáneo de Padilla es el franciscano Fray Iñigo de Mendoza, a quien le debe nuestra literatura una excelente *Vida de Cristo*, de la cual hemos podido saborear algunos fragmentos; el poema se extiende hasta la degollación de los inocentes, reflejando en todos sus versos acrisolada moralidad y unción cristianas de parte de su autor. (1)

Atravesamos, como bien se ve, período de ensayos, época de pruebas durante la cual la poesía religiosa, mezclada con el elemento lírico, está todavía orientándose, buscando rumbos y derroteros precisos, definitivos, si bien produce ya felices y muy agradables composiciones. De esperar era que, a la postre, a medida que se acrisolaba e intensificaba el sentimiento poético, librándose a un mismo tiempo de las garras del gongorismo y el mal gusto que a las veces aprisionaban a los ingenios más gallardos; de esperar era, repetimos, que bien pronto apareciese un hombre en quien se conciliasen la pura tradición cristiana y la inalterable nobleza en el decir. Al fin llegó el deseado varón, príncipe de las letras, que, desplegando los vuelos de su fantasía y distanciándose del amor terreno en que se complacían los poetas profanos, por una parte, y por otra, desdeñando lugares comunes fáciles como eran los que sirvieran de motivo a la generalidad de ésos, hubo de arrancarle a su musa acentos nunca antes sentidos en las esferas de la poesía mística. Este varón fue Fray Luis de León, a quien estudiamos en otra parte de nuesta obrita como prosador místico; poeta de calidad, que no de cantidad, por cuanto sus composiciones, que le han dado celebridad y reputación tantas por el mundo apenas si alcanzan un reducido número, siendo algunas de ellas desprovistas de originalidad, como traducciones que son de latinos y griegos e inspiradas en las Sagradas Escrituras. Una de las más hermosas, que nos demuestra a un mismo tiempo el misticismo característico de su autor es la *Ascensión*, cuya primera estrofa es harto conocida:

¿Y dejas, Pastor Santo,
Tu grey en este valle, hondo, oscuro,
.....

Poesía suave, cariñosa, impregnada de amor filial para con Dios, tiene, además, el mérito literario de la perfección en los versos; diríase que la unción, que indiscutiblemente poseía Fray Luis de León en grado eminentísimo, movía su pluma en los momentos de escribir, por manera que la obra fuese como es, co-

(1) Mencionamos asimismo a don Pedro Manuel de Urrea, autor de varias composiciones religiosas, otros tantos homenajes a *La Cruz*, a la *Virgen del Calvario, etc..;* en fin, al franciscano Fray Ambrosio Montesino, autor de coplas, cánticos y villancicos piadosos, para dulce solaz de la Corte, y en particular, de la Reina Isabel, su protectora.

© Biblioteca Nacional de España

rrecta, impecable, perfecta: es, a no dudarlo, que inspirado el poeta ante las miserias que abrumarán de fijo a la Humanidad en ausencia del Supremo Hacedor,

(«Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sean enojos? »)

inspirado de tal suerte, descuida exprofeso la forma exterior, la cual mana entonces con la impecabilidad que le imprime su divina fuente. Quizás la nota más saliente del subjetivismo de nuestro autor es la contemplación, cual lo demuestra tal de sus odas, la II a *del Epodon*, que empieza así:

Dichoso el que de pleitos alejado,
Cual los del tiempo antigo,
Labra sus heredades, olvidado,
Al logrero enemigo.
.....

Su alma, en momentos como éste en que se entrega a la contemplación, alejada del mundanal ruido nos da tales acentos de dulzura, que más parece, a la verdad, que el poeta estuviese poseído de un espíritu divino; los acentos son tan suaves, las voz tan melodiosa, la expresión a tal punto impregnada de cadencia, ritmo y mesura, que el lector se siente cuasi envuelto en un cendal de armonías, en velo vaporoso de cánticos angélicos, celestiales. Fray Luis de León traduce en tales términos la sinceridad de sus sentimientos, cuando desarrolla tópicos divinos, que abarca el argumento, cualquiera que sea, por todos sus aspectos y en todos sus detalles, aun aquéllos que, por lo mínimos e insignificantes, escaparían a otro poeta: ejemplo de estas palabras nuestras es el cántico a *Nuestra Señora*, en el que el inspirado vate, describe y analiza la madre de Dios:

Gloria de los mortales, luz del cielo,
En quien es la piedad como la alteza,
....

Virgen del sol vestida,
De luces eternales coronada,
....

Virgen por quien vencida
Llora su perdición la sierpe fiera,
.....

Virgen, lucero amado,
En mar tempestuosa clara guia,
.....

De la vida del cielo no es menos ilustrativa desde este punto de vista: morada feliz do moran el consuelo y la bienandanza para los buenos.

No siendo apropiado en este trabajito describir por separado

© Biblioteca Nacional de España

todas y cada una de las felices composiciones de Fray Luis de León, contentémonos, para terminar, con poner de relieve su misticismo literario, en el que la sencillez de forma y la dulzura de expresión, la suavidad del pensamiento y la belleza de las palabras corren parejas siempre, indefectiblemente. El poeta tiene su pensamiento fijo en su «Dios», lo ve todo a través del prisma divino, y como es natural, desecha la sensualidad torpe y vulgar de la poesía profana: de ahí sus magníficas composiciones que son, no lo repetiremos jamás demasiado, paradigmas de suave templanza interior y de inimitable corrección externa. Armonía, decencia, suavidad, dulzura y elevación de pensamiento: he ahí las cualidades que en nuestro sentir caracterizan las poesías sagradas de Fray Luis de León, otros tantos joyeles que nuestra literatura castellana le debe pura y exclusivamente a su acrisolado cristianismo,—el verdadero y genuino, como que arranca del conocimiento profundo de las Santas Escrituras y las más puras y ortodoxas tradiciones cristianas. Después de Fray Luis de León, sólo mencionaremos por memoria, a Juan de la Cruz, poeta de alto vuelo y delicada inspiración, en su famoso *Diálogo entre el alma y Cristo su esposo*, imitada de Cantar de los Cantares; a Malón de Chaide, por sus composiciones poéticas intercaladas en el texto de la *Magdalena;* a Santa Teresa de Jesús, cuyas escasas poesías revelan las mismas cualidades ya señaladas en el estudio que de la ilustre escritora hacemos en otro capítulo; a Zamora, a Sigüenza, etc., todos los cuales se dedicaron asimismo al ascetismo poético, pero sin que sea dable decir que lo hicieran con grande éxito. Es indudable, que después de Fray Luis de León, no ha habido un gran representante de la poesía sagrada en el sentido que nos interesa para nuestro estudio; queremos significar, cuyas obras revelen marcada influencia del Cristianismo.

CAPITULO II

LA POESÍA ÉPICO—RELIGIOSA

Como un desenvolvimiento natural, perfectamente lógico del espíritu religioso de la Península durante los siglos medios precisa considerar ahora nueva manifestación de su aporte literario, la cual no obstante ser como es, de origen exótico, ha dejado marcadas y duraderas huellas, ya que no tan luminosas como en la antigua Grecia de donde ella es en rigor de verdad oriunda: nos referimos a la epopeya cuya primera aparición es, de modo indiscutible LA CHRISTOPATIA de Juan de Quirós escrita en los albores del siglo XVI; pasemos, empero, rápidamente sobre esta obra precursora: en primer lugar porque es esbozo de poema, mal hilvanado, desprovisto de interés, de unidad de acción y movimiento, cualidades características indispensables de la verdadera epopeya; y en segundo lugar, porque no responde, a decir verdad, a influencia determinada e inequívoca del Cristianismo. Lo contrario cabe decir, con entera propiedad, acerca de los poemas épico-religiosos, que estudiamos nosotros a continuación. En

© Biblioteca Nacional de España

primer lugar consideremos el MONSERRATE dado a la luz pública en 1588, por Juan de Virués. Este poema (y bien se merece el nombre de tal, con todo y ser de segundo orden) versa en efecto sobre un tema legendario de la tradición peninsular, en el que se pone de relieve el arrepentimiento después de grave pecado cometido por el protagonista: el influjo del Cristianismo, doctrina que da amplia margen a la penitencia, no puede ser en este caso más ostensible, de mayor evidencia. Hemos leído cuidadosamen-

© Biblioteca Nacional de España

tas que por entonces alentaban el fervor religioso peninsular, cabe decir que su factura y corte son absolutamente épicos, así como la versificación alcanza a las veces acentos propios de alta y noble poesía.

Desgraciadamente, al lado de hermosos y muy felices versos, el *Josef* se encuentra salpicado de defectos gravísimos chocantes algunos de ellos, tal el que consiste en mezclar al elemento cristiano, que constituye el nervio principal del poema, pinceladas y rasgos paganos, tintes y matices que recuerdan, por lo mismo el viejo gentilismo. Este defecto es tan frecuente que llega a chocar verdaderamente a todos los lectores. Recordamos, en particular, cómo después de presentar al «glorioso» Patriarca cual paradigma o modelo de excelente esposo y padre amantísimo, dechado, en fin de todas las excelencias domésticas, he aquí que casi inmediatamente pone en su boca frases y pensamientos más bien propios de los gentiles. Si prescindimos de que el doctor Acevedo, autor de *La Creación del Mundo*, no hizo obra enteramente original, habiéndose inspirado en la del poeta francés *Guillaumme de Saluste* con el mismo título y en el *Mundo Creato* de Tasso, henos en presencia de obra que, en verdad y justicia, merece ser considerada buen poema, superior a los hasta aquí examinados. Por de pronto, de éstos todos difiere la *Creación del Mundo* en cuanto no versa exclusivamente sobre asuntos religiosos o divinos, de ahí el que si hubiésemos de incluírlo en un género de parte, en una categoría literaria, especial, diríamos que es obra cosmogónica, porque trata de la mirífica obra de la creación, la misma que ha dado origen a grandes poesías de atrevido vuelo y alta concepción como la *Mesiada de Klopstock* y el *Paraíso Perdido*, de Milton. Empero habida cuenta del aporte divino, absolutamente cristiano con que Acevedo caracteriza su obra, fuerza es contarla entre los poemas religiosos, y considerarla bajo la influencia literaria del cristianismo en que nos ocupamos. Hemos leído en toda su extensión este poema y creemos a la verdad que su autor es acreedor a otros honores que el abandono y el olvido en que sus compatriotas le han echado. La versificación es constantemente arminiosa, rica, elegante; el estilo y las imágenes, sobre llevar sello de inalterable nobleza, empalman admirablemente con el carácter cosmogónico-religioso del poema. Y por sobre toda cosa, ya que debemos concretarnos a la índole de nuestro trabajo, el elemento ascético de la *Creación* está sostenido de continuo con elevación de lenguaje y alteza de imágenes como no las hemos encontrado en ningún otro poema religioso anterior. Todo el *día primero*, canto inicial en que se descubre el triunfo de los ángeles está lleno de verdadera poesía: hay allí luz, armonía, belleza descriptiva, y propiedad en las imágenes. Como modelo

«Que de Dios las grandezas inmortales
Publica el sol, que con su lumbre pinta
Los peces y los varios animales,
Que en torno ciñe la abrasada cinta;
La luna en los defectos desiguales

© Biblioteca Nacional de España

Que causa cuando mengua o cuando quinta,
Y el cielo con sus fuegos soberanos
Manifiestan las obras de sus manos.
.....

y más adelante:

Debajo destas ruedas celestiales
Puso de Dios la poderosa mano
Los varios elementos, de los cuales
Tomo principio todo el género humano:
Las aves, los terrestres animales
Aquellos que apacienta el Océano,
La tierna yerba, la pequeña planta
La que sobre el puro aire se levanta.

Con la *Cristiada* de Fray Diego de Hojeda llegamos acaso al poema épico religioso por excelencia de la lengua castellana: en efecto no sólo el argumento —la pasión de Jesucristo— está tratado con gallardía y dignidad verdaderamente propias de la Musa épica, si que además sostiene de muy digna manera la comparación con obras similares de las más notables (1).

Un primer mérito del poeta sevillano (2) que la coloca muy por encima de en los anteriores estudiados, estriba en la absoluta y marcada sencillez con que narra y desarrolla el argumento del poema; contrastando con la mayoría de nuestros poetas épicoreligiosos, quienes mezclan arbitrariamente la idea primordial con multitud de digresiones inútiles y embarazosas, Hojeda se limita de manera exclusiva a su asunto, el cual se extiende de la última cena del Salvador hasta el momento de su crucifixión y sepultura. La acción, como bien se ve es sencilla, empero vale la pena consignar, por ser obra de justicia, lo que antes hemos dicho, es a saber que se desarrolla libre y holgadamente, con soltura y desembarazo; no hay allí accidentes extraños al argumento, que, sobre adulterar la verdad histórica, tornarían la obra obscura, abstrusa y por ende fastidiosa. Apenas puede citarse un episodio, un incidente que no esté más o menos directo y estrictamente ligado al asunto principal y que no contribuya a hacerlo más inteligible al lector. Nuevo timbre de obra y admiración a que nos ha motivado la lectura de este poema es algo que compagina o empalma con la índole de nuestra tesis: el triunfo marcado exclusivo de la idea cristiana. Y a la verdad todo lo que en las epopeyas se llama elemento maravilloso, sobrenatural o divino respira las enseñanzas ortodoxas y tradicionales de nuestra religión. Hay tal o cual pasaje relativo a la oración del Huerto

(1) Los defectos reales que ofrecen el desenvolvimiento de esta leyenda en verso penden acaso de lo enmarañado del tema que de falta de ingenio de su autor.

(2) Hojeda era un fraile dominico oriundo de Sevilla radicado en Lima, donde regía un convento de la orden. Allí fue donde escribió su famosa obra.

© Biblioteca Nacional de España